

Enrique Servín,

un faro en el desierto

Margarita Muñoz*



No recuerdo cuándo y dónde conocí a Enrique Servín, es un dato que se me ha extraviado en la memoria. Sé, sin embargo, que cada encuentro con él fue siempre un caleidoscopio.

Un fulgurante juego de espejos y de luces, una deliciosa experiencia. Su recuerdo siempre será entrañable.

Enrique fue en verdad una guía para mí en muchos de los ámbitos de mi existencia, un referente, alguien cuya presencia es insustituible. Ahora, pensando en su ausencia, reflexiono que no solo lo fue para mí, sino para toda la comunidad de la cultura en Chihuahua. De gran calidad humana, su generosidad se extendía más allá del ámbito privado y podía compartir su tiempo con todos los que lo rodeábamos, para hablar de cosas triviales y cotidianas o para convertirse en un docto maestro sobre las cosas más complejas de la vida. Su sabiduría desbordaba cualquier expectativa.

Una de las facetas que más me fascinaba de Enrique era su prodigiosa memoria: su capacidad para recordar poemas completos de autores como Baudelaire, Italo Calvino, Cavafis o Dolores Batista era asombrosa. Escucharlo recitar versos en el idioma original me parecía extraordinario. Fabulador increíble, contaba las historias más graciosas, imitando la voz de los protagonistas, como Octavio Paz o Elena Poniatowska. Igualmente narraba historias geniales sobre personajes familiares o actores de la cultura en nuestro medio, como la de un gatito cojo o de cómo Sansón salvó la ciudad de una debacle cuando fue amenazada por una gran explosión. Le gustaba jugar con sus amigos y nos cambiaba los nombres por otros en diferentes lenguas o en un idioma que él inventó: el *servinio*, valiéndose de los veintiocho idiomas que conocía y hablaba, los cuales iban desde el latín clásico, la lengua rarámuri, el vasco, hasta el chino mandarín, del cual decía que era muy difícil “porque hablar en chino, está en chino”.

Fecha de
recepción:

2020-06-30

Fecha de
aceptación:

2020-08-11

DO
SSI
ER

40

* Escritora, poeta y promotora cultural.

Una de las primeras entrevistas que me publicaron y que ganó la portada en el periódico local de mayor circulación fue la que le hice sobre su enorme conocimiento de los idiomas. Cómo fue que se convirtió en políglota es una historia, amén de curiosa, encantadora. En esa ocasión me contó que en la secundaria había reprobado inglés. Elenita, su madre, consideró esto como inaceptable y lo mandó a tomar clases a la Alianza Francesa, donde ella aprendía francés. Ahí empezó su aventura lingüista, que poco después alimentó con el hecho de que dos familias se convirtieron en sus vecinos en aquel momento, una de origen francés y otra de origen italiano. Platicar con las matriarcas de esas familias, que no sabían hablar español, fue su acercamiento y el mejor aprendizaje hacia esos primeros idiomas. Su interés se fue acrecentando y pronto comenzó a estudiar los orígenes de estos, sus familias lingüísticas, sus ramas y encontró la forma de aprenderlos. Él, que se declaraba agnóstico y siempre expresó que no creía en Dios, encontró el camino para el aprendizaje de los idiomas a través de la Biblia. A donde quiera que iba, buscaba las Biblias en el idioma local y hurgaba en cuanta librería encontraba para descubrir varias versiones. Así formó una colección maravillosa que nutrió durante sus innumerables viajes por el mundo y en sus visitas cotidianas a las librerías de la calle Donceles, en la Ciudad de México.

De las bibliotecas de escritores que he conocido, la de Enrique Servín es



DO
SSI
ER

41

la que me ha llamado poderosamente la atención, más que por su volumen, por su variedad de temas y el valor de sus libros. Su casa, *el jonuco*, como él le llamaba, era pequeña y estaba dividida en dos partes. En la primera, a la vez dormitorio y sala de estar —en donde se realizaban las más amenas e interesantes reuniones de amigos— podía también convertirse en oficina, sala de juntas o en laboratorio experimental de lenguas. La segunda estaba forrada de libreros de piso a techo, donde coexistían diccionarios, Biblias, edicio-

nes privadas, libros de arte, libros antiguos llenos de admirables grabados, libros en latín, alemán, sueco, islandés, inglés y francés; libros sin fin, que se asomaban de los estantes, se acumulaban en los muebles, invadían el piso apilados en varios niveles y alcanzaban todo el espacio disponible; libros que inundaban su escritorio de trabajo al lado de objetos traídos de varias partes del mundo y algunas antigüedades heredadas de su familia.

Maestro innato, una de las actividades que disfrutaba más era la enseñanza. Entre las más prolíficas que desempeñó fue la de coordinar talleres de literatura, a través de los cuales for-

Su curiosidad infinita lo llevó a indagar sobre todos los temas habidos y por haber. Era una sempiterna caja de sorpresas porque podía abordar cualquier asignatura, así se tratara de filosofía, de historia, de política, de cultura popular, sobre todo de su gran pasión: los pueblos originarios y su lengua.

mó varias generaciones de escritores que han venido a enriquecer el universo literario del país. Cada sesión en su taller era disfrutar de una conferencia magistral, una experiencia que pocos tuvimos el privilegio de alcanzar.

Servín es sin duda un escritor importante del norte de México, su obra se caracteriza por la claridad en las ideas, la pureza del lenguaje, su perfección y la belleza de su escritura. Abogado, poeta, traductor, editor, defensor de los pueblos originarios y de su lengua, fue becario del FONCA y entre sus libros

publicados se cuentan: *Así de frágil será el pasado*, *Sin dolor de por medio*, *El agua y la sombra*, *Cuaderno de abalorios* y *Anirúame: historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos*.

Su curiosidad infinita lo llevó a indagar sobre todos los temas habidos y por haber. Era una sempiterna caja de sorpresas porque podía abordar cualquier asignatura, así se tratara de filosofía, de historia, de política, de cultura popular, sobre todo de su gran pasión: los pueblos originarios y su lengua. Su mente prodigiosa, deslumbrante, era como una esponja. Yo siempre me pregunté a qué hora leía, estudiaba y aprendía todo lo que sabía. Como todo

genio, también se perdía en sus pensamientos y de repente se detenía en medio de una conversación, para volver y preguntar: ¿en dónde íbamos? Así también perdía a cada rato lentes, celulares, libros, plumas, computadoras, abrigos, entre otros objetos.

Su tiempo lo repartía generosamente entre su familia, por quienes sentía especial devoción; sus amigos, con quienes siempre tenía tiempo para participar en una rica conversación, tomar una taza de café o disfrutar la gastronomía —una actividad que convertía en una deliciosa aventura—, y sus compañeros de trabajo, quienes se convirtieron en sus discípulos, compartía con ellos su sabiduría: enseñándoles idiomas, métodos de investigación o su incalculable acervo de conocimientos y referencias culturales.

Hombre magnánimo, no solo con su tiempo, tuvo su más alta expresión al amparar amorosamente a una familia, para la cual se convirtió en padre y mentor de dos hijos: Kenia e Iram, quienes siguen su ejemplo y su guía, y además heredaron su sabiduría, lo cual seguramente les augura un futuro como personas de bien, al igual que Enrique.

Su preocupación por los que menos tienen, los desprotegidos, lo llevó a involucrarse en actividades legislativas. Luchó por los derechos de grupos minoritarios y marginados y logró avances importantes que derivaron en leyes en cuyo proceso de creación participó activamente. Por su defensa de las lenguas originarias le fueron concedidos premios importantes y becas,

gracias a ellas pudo acceder a viajar y enriquecer su acervo cultural e intelectual. Lo anterior enalteció su trabajo poético, por ello, acudió a los más importantes encuentros de poesía a nivel mundial, donde visitó lugares exóticos de los que disfrutaba y se maravillaba enormemente, experiencias que más tarde compartiría con su familia y amigos, para asombrarnos y deleitarnos a través de sus relatos.

Cronista involuntario, hacía llegar su opinión a través de publicaciones en los medios digitales y así se convirtió en un pivote ideológico y un referente importante para nuestra sociedad. Sabía todo de todo y eso era maravilloso. Cada momento al lado de Enrique fue único, su bonhomía, su don de gentes, su presencia radiante, su sonrisa, alimentaban cada espacio en el que participaba.

Pienso que en nuestro ámbito, Enrique no recibió el reconocimiento que merecía. Su modestia le impidió involucrarse en la feria de vanidades que es el medio cultural y político. Podría haber logrado muchas más cosas de las que alcanzó a realizar, en tanto sus saberes, su altura moral y ética que lo colocan como uno de los hombres grandes e irrepetibles de nuestro estado. Sin duda Enrique Servín es una figura ineludible para nuestra comunidad cultural, una mente privilegiada, un faro luminoso para guiar nuestro quehacer en un mundo tan dividido y repentinamente ominoso.

Chihuahua, Chihuahua,
junio de 2020. 